

que el alcaide D. Juan Rossel me señaló un rincón de una pieza para que acomodara mis utensilios de preso, no volví á dirigirle una sola palabra. Bien es verdad que al frente de mi indiferencia se encontraba el genio feroz é intratable de aquel hombre, así es que ni siquiera nos saludábamos cuando llegábamos á encontrarnos. Por ese lado nunca tuve la mas mínima esperanza de conseguir que mejorara mi suerte. Los otros empleados eran mas accesibles pero estaban tan vigilados, que ni ellos mismos se atrevían á comunicarse con los presos, aunque perdieran algunas utilidades.

Por fortuna el alcaide tenía un hermano llamado Joaquin que era el reverso de la medalla: muy atento, muy fino y muy insinuante. Desde que mi querido compañero, el preso de nacionalidad francesa de que antes me he ocupado, habia salido en libertad, el hermano del alcaide me iba á dar conversacion con frecuencia para entretener mis soledades. Con verdadero empeño se encargaba de algunas pequeñas diligencias que podia encomendarle con los jueces ó con mi familia. Estuvo al tanto de todos mis cuidados y angustias, indignándose juntamente conmigo contra aquel gobierno descorazonado que despreciaba las súplicas justas de un hombre que estaba en la desgracia. Entonces se arriesgó á incurrir en la cólera de su hermano pidiéndole que me concediera lo que me habia negado un ministro. Esta coyuntura, que parecia depararme el cielo, fué la que supe aprovechar.

—No, no se moleste V. por mi, le dije, yo sé que

CAPITULO XXVII.

IGNOMINIAS.

Todo lo que quiere el hombre lo consigue cuando tiene voluntad para luchar contra los golpes de la fortuna. Esta es una regla que he observado siempre y que muy pocas veces ha dejado de darme los resultados apetecidos.

El mismo dia en que recibí la agria comunicacion del Ministro de Justicia, cuyo tenor está indicando que ni siquiera llegó á ocuparse de ver lo que yo solicitaba, ese mismo dia conseguí salir á la calle y ver á mi familia.

Yo tengo una fisonomia adusta y seca que hace suponerme un carácter frio y reservado. Lo que puedo decir es que soy incapaz de adular á nadie, ni de pedir favores, ni de grangear con sonrisas, ni de cometer en fin ningun acto que me embajezca para conseguir alguna cosa. Así es que desde el dia en

no se ha de conseguir nada y estoy resignado á mi suerte.

—¡Cuanto siento que mi hermano tenga ese carácter!

—¿Se ha indispuerto ya con V?

—Me ha dicho herejias.

—Es posible?

—Me ha repetido que soy un bárbaro con andarme metiendo en los asuntos de los presos peligrosos y que por su cuenta pondria á V. en un separo bajo la vigilancia mas estricta.

—¡Ah! ¿Me juzga un preso peligroso?

—Al menos eso es lo que le han dicho los del gobierno.

—Pues ¡paciencia! Yo lo que siento es que V. se haya espuesto por mi causa á que le digan groserias.

—Eso no me importaria nada si se lograra el objeto.

—Pero V. en todo caso no necesitaba andar pidiendo favor á nadie para hacerme el servicio que desea.

—¿Cómo?

—Es claro, V. se queda algunas noches en la Alcaidía á hacer las guardias en sustitucion de su hermano.

—Es cierto.

—He alli la oportunidad.

Mi hombre no aguardaba este golpe de audacia y se puso lívido; pero despues de reflexionar un poco, contestó:

—No se me habia ocurrido siendo tan fácil.

Como aun lo veia vacilar y cambiar de color, procu-

ré distraerlo de aquella impresion, ofreciéndole una copa de vino y un tabaco. Despues le dije:

—¿Ha visto V. el último número del *Padre Cobos*?

—No.

—Lléveselo V.

—Bien: ya veremos lo que se hace, me dijo despidiéndose, y se fué sin duda muy preocupado con aquella idea.

Deseaba servirme pero tenia miedo. Yo le contesté acompañándolo hasta la puerta:

—En todo caso, yo no quiero que sufra V. por mi ningun perjuicio. Aceptaré solo aquello que no lo comprometa.

Al dia siguiente, que fué aquel en que recibí la mencionada comunicacion, no necesité emprender ningun trabajo. A eso de las nueve de la noche, y cuando me preparaba á meterme en el lecho, Rossel el bueno se me presentó entre alegre y asustado diciéndome:

—¿Quiere V. ir ahora á su casa?

—Ya sabe V. que no deseo otra cosa.

—Pues en el acto. Mi hermano se fué y no volverá en toda la noche. Salga V. por esta puerta sin decir á nadie una palabra y antes de amanecer vuelve V. por el mismo camino y se mete á su cuarto.

Me puse mi sombrero, me embocé en mi capa, sali y los soldados se apresuraron á abrirme la puerta de la escalera creyéndome un empleado ó un visitante.

—¿Cómo no se me habia ocurrido antes esto mis-

mo! exclamé para mis adentros luego que hube bajado la escalera.

En efecto, allí tenia la salida para todas las veces que quisiera sin necesidad de pedir licencia á nadie.

Mis piezas que estaban comunicadas con la Alcaidia, tenian una puerta vidriera de salida exactamente colocada frente al porton que está en lo alto de la escalera, cuidado este por una guardia que se releva todos los dias, sin tener mas consigna que abrir y cerrar á cuantos pasan. El sargento de la guardia no está obligado á conocer á los presos y menos á los que llevan capa negra y sombrero alto. Asi pues, yo habia podido franquear aquella puerta desde el primer dia, todas las noches, como si fuera un empleado, sin llamar la atención de nadie. Este descubrimiento no lo eché en saco roto para las noches siguientes, aunque me causó buenos sustos.

Habia en la prision un viejo jubilado de apellido Legorreta que habia sido alcaide muchos años y que se estaba volviendo imbecil por la enfermedad que le habia venido de reblandecimiento de la médula cerebral. Tenia allí mismo su habitacion y por las noches en fuerza del instinto ó de la costumbre anterior, cogia un farol y registraba cuidadosamente todos los rincones de la cárcel demostrando aún que tenia el ojo perspicaz para vigilar á los detenidos. En una de mis ya repetidas escapatorias entró á mi cuarto y encontró abierta de par en par la puerta vidriera que me daba salida, en la cual se habia recargado probablemente alguno de los soldados de la guardia y estando solo emparejada por la parte de fuera habia cedido.

El maldito viejo volvió á donde estaban los empleados haciendo signos de alarma, pues ya no pronunciaba las palabras y se vinieron todos á registrar mi aposento.

Yo tenia siempre la precaucion de colocar debajo de mis sábanas un bulto formado de ropas y libros que me representaran en mi ausencia, de suerte que no atreviéndose ninguno á llegarse á mi lecho, solo le hicieron signos á Legorreta de que allí me encontraba dormido. Este entonces corrió los pasadores de la vidriera y cerró tambien la puerta de madera con todas sus aldabas.

A la madrugada, cuando llegué, empujé suavemente la puerta de mi aposento como todas las mañanas y viendo que resistia empecé á hacer mas impulso hasta que me convencí de que habia sido cerrada por dentro.

Me llené de angustia figurándome todo lo que podia haber sucedido durante aquella noche y me hice rápidamente estas preguntas: ¿quien cerró? ¿como supieron que estaba solamente emparejada la puerta? ¿se habria notado mi ausencia? ¿estaria descubierto ya mi ardid por el terrible y feroz alcaide? ¿Como haria para colocarme de nuevo en mi prision?

Y mientras estaba haciendo estas reflexiones, el dia seguia avanzando y yo corria el peligro de ser visto allí de un momento á otro.

Hice de tripas corazón, y dirigiéndome rectamente á la Alcaidia, me presenté á un empleado subalterno de apellido Albear. No me pesó: desde ese dia

tuve dos amigos en lugar de uno y dos cómplices para mis escapatorias.

Tuvieron entretanto el mejor desenlace los cuidados de familia: esta me visitaba ya todas las tardes sin inconveniente y yo seguía con toda tranquilidad consagrado á la redacción de mi periódico. Todo parecía encontrarse en la mayor calma, como si el poder me hubiera olvidado ó estuviera haciendo investigaciones hacia otra parte, cuando algunas personas con el carácter de amigos se presentaron en mi celdilla á visitarme y siguieron frecuentándola de un modo que me llamó la atención: no tardaron en descubrir el objeto que llevaban. Con la destreza que pudieron se sirvieron indicarme que el gobierno estaría dispuesto á darme la libertad, algún dinero y pudiera ser que una posición, si yo me comprometía á variar el tono, ó si esto no era posible, á dejar de escribir completamente el *Padre Cobos*.

Yo contesté que el mismo gobierno me había hecho tomar un camino del cual no me era fácil desviarme sin destruir la reputación que había comenzado á conquistar de hombre inflexible en mis ideas políticas: que el gobierno había puesto en mis manos las pruebas de que era un poder arbitrario y que á mi me era imposible envilecerme hasta ir á besar la mano del verdugo que se había recreado en mis tormentos. Me parecía que estaba vengándome un poco de las infamias que se habían hecho conmigo, y ya se sabe cuán grato es el placer de la venganza. Y me lo hacía creer así el empeño que se tomaba en callarme, cuando con

tanto desden se me había visto apenas hacia unos cuantos meses.

En efecto, la guerra que hacia al poder comenzó á tener su significación, primero en la prensa, la cual se reanimó y fué reforzada con nuevos y vigorosos campeones, y en seguida en el campo de la política en donde empezaron á formarse grupos respetables de oposición con bastantes elementos para hacer vacilar en sus pedestales á los hombres del poder. Todo aquello existía ya pero sin movimiento, hasta que yo vine á darle vida con mi *Padre Cobos*. ¡Tan cierto así es el proloquio que dice que no hay enemigos pequeños!

Mucho bien me hubieran hecho la libertad y el dinero que se me ofrecían; pero era mucho más satisfactorio para mí recibir aplausos de las gentes honradas y felicitaciones como la que me mandó un día el distinguido escritor D. José M. del Castillo Velasco que decía: «Al autor del via-crucis del *Padre Cobos* le deja ese medio de oro como gala, el más oscuro ó insignificante de sus colegas.—J. M. del Castillo Velasco. En la Imprenta, Marzo 25 de 1879.» Esto era de más valor para mí que todos los puestos con que pudiera brindarme el gobierno á quien consideraba, en aquella época, antes de haber visto lo que después he visto, como el más arbitrario, el más cruel, el más antipatriótico de los gobiernos.

Un preso siempre está lleno de esperanzas ó decepciones: una palabra abre nuevos horizontes y otra palabra viene á cubrir el porvenir de negras sombras.

Un día se presentó en mi prisión Hilarion Frias y

Soto, que era amigo del gobierno y que ignoro por qué circunstancia feliz llegó tambien á serlo mio, quien se ofreció á ayudarme de un modo eficaz á recobrar mi libertad. Tenia gran influencia con el Juez de Distrito y estaba ya de acuerdo en ayudarme siempre que le proporcionara el medio de trabajar en mi favor.

En el acto le presenté el espediente que necesitaba: estaba á la vez enfermo de una dispepsia, que amenazaba hacerse crónica, y dije á Frias y Soto:

—Pues si el juez quiere reparar el mal que me ha hecho, debe sobreeser en mi causa, que es el fin que ha de tener tarde ó temprano; pero si teme hacerlo porque vendria tras esto su destitucion, que me permita salir de la prision por causa de enfermedad para ser asistido en mi casa, yo daré los certificados de médicos y cubriré las demas formalidades.

Agradó á Frias y Soto el proyecto, y al dia siguiente vino á decirme que el juez estaba conforme. Entonces ya solo faltaba estender la instancia y documentarla: 24 horas despues estaban en el Juzgado todos los recados que se necesitaban. El Juez de Distrito dispuso para mejor proveer que el detenido fuera examinado por los médicos de cárcel: con gusto hice el nuevo desembolso que era consiguiente para presentar tambien esa prueba que iba á ser mas concluyente.

Todo estaba enteramente arreglado y listo. Hilarion me habia insinuado que lo propusiera de fiador y así lo propuse: los cuatro certificados de los médicos hacian constar que mi estado delicado y enfermizo necesitaba de los cuidados de la familia: ésta me dispuso

un alojamiento cómodo y ventilado. Todos estuvimos esperando con ansiedad el momento solemne en que se me iba á dar una libertad con caucion, pero que no dejaba de ser siempre la libertad.... Se pasaron tres dias que para nosotros fueron tres siglos.

Al quinto ó sexto vino el terrible desengaño que siempre viene en una situacion de esas.

Un empleado del juzgado se presentó en mi prision á notificarme el auto del juez.

Este decia que en virtud de haber justificado plenamente que estaba enfermo, pasara á curarme al hospital....

—¡Miserable! exclamé yo, rompiendo la pluma que se me habia dado para firmar, contra el papel que contenia aquel insulto.